

A Julio y Rosa, padres de Julio, padres también nuestros,
la gracia y la paz de JESÚS, EL SEÑOR,
el HIJO AMADO del Padre, único HERMANO MAYOR nuestro.

El otro día, cuando vino Julio a despedirse, sentía en el corazón la necesidad de marcharme a las misiones también. ¿No les pasa a ustedes lo mismo? Seguro que al acompañarle en su aventura a lo largo de estos años, como sacerdote que tiene que ser padre, madre y hermano de mucha gente y sobre todo de los que tienen lágrimas en el rostro, a ustedes se les habrá ensanchado el corazón. En lugar de perder un hijo, resulta que se les ha llenado la casa de gente.

Y no solo de los que están cerca, sino también de los que están lejos. Y así habrán resonado en su corazón algunas preguntas, que hasta pueden quitar el sueño por la noche. ¿Quién les partirá el pan a la mesa? ¿Quién les reunirá con la palabra de la vida? ¿Quién les abrirá camino con las huellas de la esperanza? ¿Quién les dará a Jesús? ¿No es Él, la esperanza, toda la esperanza, la única esperanza, la última esperanza, el Ungido? ¿Quién les ayudará a abrir los ojos? ¿Quién les sugerirá los caminos de la justicia? ¿A dónde dormirán esta noche? ¿A quién podrán dirigir la mirada? Es verdad, todos los amigos de Jesús, tienen que sentir la necesidad de atravesar la tierra y llegar a las islas que nunca oyeron hablar de El.

Resulta que ustedes pusieron a Julio en manos de Jesús y ahora es Jesús, por el camino de Julio, el que les pasa a ustedes a sus mismas manos, heridas y encendidas, para hacer la travesía de la tierra. Nosotros no podemos quedarnos aquí. Desde aquí tenemos que estar y caminar allí con El, compartiendo los latidos, las tareas, los sufrimientos y las lágrimas de la misión. Tendrán que comprarse un mapa de América Latina, señalar la tierra de Nicaragua y la sencilla senda por donde irá Jesús con él y sus compañeros, anunciando el evangelio a los pobres, la liberación a los oprimidos y a los afligidos el consuelo.

Estamos muy cerca. Cuando nos sentamos a la mesa del Señor, memorial de su Pascua, estamos sentados en la misma mesa, que hace corro y senda. Solo hay una eucaristía. Un pan y una copa únicos. Allí nos hacemos cuerpo unos de otros al entrañarnos en el cuerpo del Señor. Los hermanos que Jesús confiará a Julio son comensales de nuestra misma mesa. Pues si es así, cada día con nuestra oración sencilla estamos allí; cada día con nuestros dolores estamos allí. Y hasta tendremos que cambiar de vida aquí nosotros al experimentar que aquellos hermanos son nuestros hijos, carne de nuestra carne. ¡Apasionante aventura!

No podemos despedirnos. Hasta mañana en el altar. Reciban un fuerte abrazo de este nuevo hermano, que les ha regalado el Señor.

Marcelino.